

---

# ¿TRIUNFAR EN AFGANISTÁN?

---

**N**ueve años después de que la coalición internacional liderada por Estados Unidos invadiera Afganistán con objeto de derrocar al régimen Talibán, existen numerosos indicios que apuntan a que la situación militar está estancada y la de seguridad se ha deteriorado.

A pesar de que inicialmente la coalición logró grandes éxitos, incluyendo la caída del régimen del Mullah Omar y la formación de un gobierno provisional en Kabul; la falta de fuerzas suficientes imposibilitó una victoria contundente y facilitó la huida de los principales líderes rebeldes, incluyendo a Osama Bin Laden. Este grave error inicial facilitó el estallido de la insurgencia y está impidiendo la estabilización y reconstrucción de este país centroasiático, hasta el punto que algunos expertos internacionales auguran que la guerra está perdida.

Teniendo estos elementos en cuenta, este artículo pretende exponer cuáles son las razones principales del deterioro de la situación en Afganistán, un país que ha vuelto a convertirse en el tablero de otro nuevo gran *juego global*.

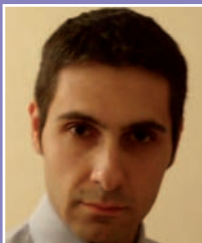
La guerra de Afganistán es la consecuencia directa de los trágicos sucesos del 11 de Septiembre de 2001. Estos ataques perpetrados por la organización terrorista Al Qaeda acabaron con la aparente pausa estratégica iniciada con la caída del Telón de Acero, por lo que la respuesta de la comunidad internacional fue inmediata, e invocando por primera vez el Artículo 5 del Tratado de Washington y al amparo de la Resolución 1368 (2001) del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, Estados Unidos se dispuso a invadir Afganistán con objeto de derrocar el régimen Talibán, desarticular la organización terrorista Al Qaeda y acabar con este santuario yihadista.

Aunque la invasión y ocupación de Afganistán despertaba enormes temores entre los estrategas estadounidenses y aliados, pues décadas antes es-

te país había logrado derrotar al gigante soviético; las autoridades políticas del Departamento de Defensa estaban convencidas de que este escenario era el idóneo para probar la maquinaria militar estadounidense, ensayar el nuevo estilo americano de combatir producto de la *Revolución en los Asuntos Militares* y catapultar el proceso de *Transformación* para adaptar la arquitectura defensiva del país a los nuevos retos del tercer milenio<sup>1</sup>.

Después de férreos debates entre la cúpula militar y política del país en relación a la estrategia a seguir y el volumen de fuerzas a emplear para invadir Afganistán<sup>2</sup>, el presidente George W. Bush aprobó un plan de operaciones basado en la provisión de asistencia económica y militar a las tribus locales para lograr su apoyo a la intervención americana, junto con una invasión terrestre realizada por fuerzas ligeras, unidades de operaciones especiales y equipos de la CIA apoyados permanentemente desde el aire. Aunque calificado como revolucionario por los mandos políticos y militares del país, este plan de operaciones no sólo estaba basado en supuestos que con el tiempo se demostrarían erróneos; sino que los objetivos estratégicos de la campaña y su situación final deseada eran ambiguos y poco realistas. Y es que a pesar de la retórica estadounidense —adoptada por numerosos aliados occidentales— sobre la urgencia de promover un cambio de régi-

men en Afganistán y apoyar su refundación con objeto de llevarlo al siglo XXI e integrarlo dentro de la comunidad internacional, no se realizó ningún estudio sobre cómo debería ser este país una vez derrocado el régimen Talibán ni tampoco se propuso ninguna estrategia para su estabilización y reconstrucción. Además, el plan aprobado no sólo revelaba un completo desconocimiento de la geografía física y humana afgana, sobreestimaba su capacidad militar, olvidaba que el gobierno Talibán ni controlaba todo el territorio del país ni tampoco gozaba del apoyo popular y descuidaba



**Guillem Colom Piella**

*Doctor en Seguridad Internacional*



el hecho de que ninguno de los clanes enfrentados al Mullah Omar y con objetivos políticos muy distintos a los norteamericanos era lo suficientemente poderoso como para gobernar el país de forma individual; sino que también obvió la histórica oportunidad que se presentaba a Estados Unidos de luchar contra Al Qaeda en terreno abierto<sup>3</sup>.

**E**n octubre de 2001 arrancó la Operación Libertad Duradera con el bombardeo de varios objetivos estratégicos y la incursión de pequeñas unidades de operaciones especiales, infantería ligera y equipos de la CIA apoyados por la Alianza del Norte, una coalición de clanes rivales unidos por su origen mayoritariamente no-Pashtun y su odio al Talibán. Después de varias semanas de cruentos combates entre las fuerzas de la coalición y las milicias Talibán, el régimen afgano se desmoronó y los Talibán se refugiaron en las montañas del país y en el vecino Pakistán, las fuerzas de la coalición entraban triunfantes en Kabul y Hamid Karzai era designado presidente de la nueva Autoridad Provisional afgana.

La fulminante victoria lograda por esta extraña coalición de conveniencia asombró al mundo y

sorprendió a la comunidad de defensa estadounidense. La Operación Libertad Duradera derrocó el régimen Talibán y alteró el entramado terrorista de Al Qaeda en Afganistán pero no logró capturar a Osama Bin Laden ni al Mullah Omar, dos de los máximos objetivos de la campaña. Igualmente, el reducido volumen de tropas empleado para invadir el país; su deficitaria preparación para realizar labores de seguridad, contrainsurgencia o estabilización, su incapacidad para ejercer un control efectivo del territorio, la inexistencia de un plan coherente para su estabilización, la definición de una situación final deseada a todas luces irreal y las incoherencias que presenta la *Misión de las Naciones Unidas en Afganistán* (UNAMA) para armonizar la pacificación de Afganistán, facilitaron el estallido de una feroz campaña insurgente que ha continuado hasta la fecha de hoy a pesar de los ingentes esfuerzos de la comunidad internacional para pacificar el país<sup>4</sup>.

¿Cómo se ha llegado a esta preocupante situación a pesar de los enormes esfuerzos de la Comunidad Internacional para estabilizar Afganistán, la millonaria ayuda que recibe el país para su reconstrucción, la trascendencia que esta misión tiene para el presente y futuro de la OTAN y el empeño es-

tadounidense en su lucha contra el terrorismo global de Al Qaeda?

En primer lugar, por la espiral de violencia que ha assolado el país. A pesar de que la seguridad experimentó una sensible mejoría entre los años 2001 y 2004, cuando la entrada de fuerzas internacionales, la desarticulación del entramado Talibán y la ayuda de la comunidad internacional lograron crear el clima de seguridad necesario para acometer significativas mejoras en los planos político, económico, humanitario y social de Afganistán; la precaria situación de seguridad pronto sufrió un importante deterioro que ha impedido avanzar en estas áreas y normalizar el funcionamiento del país. Y es que la incapacidad para controlar el territorio, la articulación de la insurgencia, las porosas fronteras con Pakistán, la intervención indirecta de potencias extranjeras, el trasvase de unidades de combate estadounidenses desde el teatro afgano al iraquí o la limitada predisposición de los aliados de la OTAN para incrementar su participación en el conflicto afgano pronto provocó un recrudecimiento de las condiciones de este país y el inicio de una espiral de violencia que no ha parado de crecer desde 2004<sup>5</sup>.



**N** en segundo lugar, por los escasos avances realizados por el frágil gobierno de Hamid Karzai desde su instauración. Aunque la Constitución y el Parlamento fueron pactados por las distintas facciones mayoritarias y el ejecutivo fue elegido por el pueblo afgano, el Presidente no sólo es considerado ilegítimo por gran parte de la población del país, se ha visto incapaz de afianzar su autoridad política en una sociedad tradicional y tribal, extender su influencia por la geografía afgana,

canalizar la ingente ayuda internacional para construir infraestructuras o mejorar las condiciones de vida de la población; sino también para desarrollar una policía y unas fuerzas armadas efectivas, apoyar a la coalición en la lucha contra los talibanes o combatir el narcotráfico, máxima fuente de financiación de la insurgencia. Igualmente, la gestión de su Gobierno se ha visto manchada por varios casos de corrupción y mantiene una ambigua relación con los Talibán.

En tercer lugar, por esta misma insurgencia cuya característica principal y definidora es su gran heterogeneidad. En efecto, no sólo está compuesta por los Talibán sino que comprende todos los grupos sociales que antes de la intervención ostentaban algún tipo de poder y autoridad –bien fuera tribal, religiosa, simbólica y física– y que se resisten a perderlo a favor de las nuevas autoridades afines a la comunidad internacional<sup>6</sup>. Este diverso grupo abarca desde los pequeños cultivadores y traficantes de droga que luchan por mantener su fuente de ingresos, los señores de la guerra que apoyaron la intervención internacional hasta los Talibán que, vinculados con el movimiento yihadista internacional liderado por Al Qaeda –y con el apoyo tácito

de los vecinos Irán y Pakistán– son lo que llevan el peso de la insurgencia en el país con el fin de erosionar la cohesión de la Coalición y forzar su retirada de Afganistán. Igualmente, aunque los Talibán operan por toda la geografía afgana, concentran sus esfuerzos en las regiones este y sur, de mayoría étnica Pashtun y cercanas a la frontera con Pakistán, semillero y guarida de yihadistas.

El vecino Pakistán constituye una pieza vital en el gran juego afgano. Ciertamente hasta hoy en día este país no sólo ha mantenido una ambigua posición respecto al conflicto debido a la existencia de intereses enfrentados; sino que ha sido una fuente



de reclutamiento, una base de adiestramiento y un santuario donde se refugiaban los talibanes cuando la presión militar de la coalición en Afganistán se incrementaba. Además, el Presidente Pervez Musharraf (2001-2008) no sólo dejó el país sumido en un total caos y desgobierno, sino que mantuvo desde el primer momento una ambigua relación con los grupos Talibán afganos emplazados en el país, que gozan de una enorme influencia y predicación entre la sociedad pakistaní<sup>7</sup>.

**T**al fue esta tibieza que a medida que avanzaba el conflicto, Estados Unidos no sólo reconoció implícitamente que Pakistán representaba una parte indisoluble del país dentro del Teatro de Operaciones afgano; sino también planteó sin éxito a Musharraf desplegar fuerzas para apoyar al ejército paquistaní en la lucha contra los talibanes e iniciar operaciones encubiertas de la CIA en varias regiones del país. No obstante, el actual presidente Asif Ali Zardari –viudo de la asesinada Benazir Bhutto– parece estar determinado a acabar con esta situación y combatir a los Talibán que operan por la geografía paquistaní. Es por ello que no sólo está intentando consolidar su control sobre unos servicios de inteligencia infiltrados por el radicalismo islámico y ha aceptado tácitamente que Washington realice ataques selectivos en territorio paquistaní sin previo aviso; sino que ha ilegalizado al temible *Tehrik-e Taliban Pakistan* (TTP), paladín de los clanes pashtunes de Pakistán. Tan grande es el poder de este grupo que en varias ocasiones autoridades Occidentales han sugerido la posibilidad de conciliar los talibanes del Mullah Omar –diezmados después de nueve años de guerra y del meteórico ascenso del TTP– y el gobierno de Karzai con objeto de debilitar la alianza pashtun promovida por esta organización terrorista.

A estos factores se le suma la descoordinación que existe entre el esfuerzo militar y las labores de estabilización y reconstrucción realizadas por la coalición internacional en el marco de UNAMA. Ello se debe tanto a la pluralidad de operaciones en curso –cada una con filosofías, objetivos y cadenas de mando distintas– como por la inexistencia de una estrategia integral y coherente que guíe la labor de los *Equipos de*



*Reconstrucción Provincial* (PRT) que operan por la geografía afgana. En efecto, mientras la *Fuerza Internacional de Asistencia a Afganistán* (ISAF) se creó para apoyar a la Autoridad Provisional Afgana, su fuerza, liderada por OTAN, está compuesta por contingentes de varias naciones y su labor principal consiste en proporcionar seguridad, apoyo y asistencia técnica a los trabajos de reconstrucción y desarrollo del país, incluyendo la formación y adiestramiento del ejército y policía afganos; las unidades multinacionales encuadradas en la Operación Libertad Duradera, planeada y ejecutada por Estados Unidos para derrocar el régimen talibán, se orientan a la lucha antiterrorista y la neutralización de todos los grupos armados que operan en el país.

Y si esta confusión no fuera suficiente, los distintos PRT que operan sobre el terreno en apoyo a los esfuerzos de ISAF para reconstruir el país no sólo presentan una enorme heterogeneidad interna (los hay esencialmente civiles como el alemán, mixtos como el británico o



marcadamente militares como el americano) que condiciona su actuación, a veces muy difícil porque no se dan las condiciones de seguridad necesarias para que estos grupos puedan realizar eficazmente sus labores; sino que al no existir ninguna estrategia común que gobierne la acción de estos equipos, ningún sistema para establecer un orden de prioridades o un estándar para medir el impacto de las acciones realizadas, el resultado de los PRT es mucho menos satisfactorio de lo previsto inicialmente<sup>9</sup>.

Este conjunto de elementos han contribuido al aumento incesante de la violencia, la progresiva expansión de la insurgencia por toda la geografía del país, la pérdida de la iniciativa militar aliada y la infiltración de los talibanes en todas las instituciones del nuevo Estado afgano.

Esta situación crítica provocó que en el año 2008, el Presidente George W. Bush –consciente de la espiral de violencia que acechaba el país, alertado por el rumbo que estaba tomando el conflicto y preocupado por la progresiva pérdida de territorio frente a la insurgencia– incrementara notablemente la presencia militar estadounidense en Afganistán e instara a los aliados a hacer lo mismo. Estas medidas permitieron intensificar la actividad militar de la coalición en las regiones sur, centro y

este para reconquistar los territorios perdidos y retomar la iniciativa táctica. No obstante, también aumentó la violencia insurgente y muchos talibanes se refugiaron a zonas más tranquilas en las que la presión aliada era mucho menor.

El recrudescimiento de la situación de seguridad en Afganistán volvió a poner de manifiesto el fracaso de las operaciones militares de la coalición y la urgente necesidad de plantear una nueva estrategia para intentar resolver satisfactoriamente el conflicto. Visto el enorme éxito cosechado por la *Surge* en Iraq –fundamentada en el cierre del Teatro de Operaciones, el incremento súbito de unas fuerzas de combate empleadas en acciones de contrainsurgencia y el aislamiento de los elementos insurgentes más extremistas– el recién nombrado Presidente Barack Obama se dispuso a plantear una nueva estrategia para ganar la guerra. Para ello, no sólo situó al general Stanley McChrystal al frente de las fuerzas estadounidenses en Afganistán, cargo que lleva aparejada la jefatura de ISAF; sino también propuso adaptar la *Surge* –una estrategia ajustada a la situación específica de Iraq– a la realidad afgana.

**Y** para implementar esta nueva estrategia, McChrystal –en calidad de Comandante de ISAF– elaboró una estimación de la situación en la que sostenía que la evolución del conflicto era preocupante pero todavía se podía encauzar si se le proporcionaban los recursos apropiados<sup>10</sup>. Sin embargo, ante la negativa de Obama y el titubeo de los aliados para dotarle de las capacidades y los plazos necesarios para implementar su visión, el general se vio obligado a acometer su particular *Surge*, con el conocimiento de que ésta ni mejoraría la situación de seguridad del país, ni acabaría con los talibanes, ni lograría establecer las precondiciones necesarias para entablar las negociaciones con los insurgentes moderados. Aunque las ofensivas aliadas lograron desatascar la situación táctica y obtuvieron algunos éxitos limitados, las desafortunadas declaraciones de McChrystal en la revista *Rolling Stone* forzaron su destitución y relevo por el artífice de la estabilización iraquí, el General David Petraeus, que intentará lograr las precondiciones necesarias para trasvasar la responsabilidad al pueblo afgano e iniciar la retirada internacional del país.

A fecha de hoy, nueve años después del derrocamiento del régimen Talibán y a pesar de los colosales y millonarios esfuerzos para estabilizar y reconstruir el país, la situación de Afganistán arroja poco optimismo. Y es que el país se halla sumido en la miseria y continúa inmerso en un caos permanente, con un gobierno ineficaz y corrupto, unas instituciones inoperantes e ilegítimas, una violencia galopante y generalizada, una población local desengañada con la inter-





vención aliada y temerosa de su futuro, una insurgencia cada vez más activa y arraigada y un movimiento Talibán que espera pacientemente la salida de las potencias Occidentales para volver a imponer su voluntad en el país.

En los países occidentales, la situación tampoco es más confortante: acusaciones entre los aliados

de los recursos gastados en un conflicto de compleja justificación, unos Gobiernos que ven erosionada su autoridad y amenazada su reelección por la marcha del conflicto y una OTAN que ha puesto muchas esperanzas en ISAF y observa que las hostilidades no avanzan como deberían y las tensiones entre los aliados no paran de aumentar.



por su falta de compromiso en la resolución del conflicto, discrepancias nacionales entre las reglas de enfrentamiento e inflexibilidad en las salvaguardas al empleo de la fuerza, falta de voluntad política para proveer las capacidades militares más adecuadas para la conducción de las operaciones, una opinión pública cansada del goteo de bajas y

Independientemente de cómo evolucione el conflicto en los próximos meses, ya son muchas las naciones que han puesto fecha límite a su presencia en Afganistán y el resto posiblemente lo están planeando. El desenlace de Afganistán, el porvenir del yihadismo y el futuro de la región están echados... *Alea lacta Est* ■

## BIBLIOGRAFÍA

<sup>1</sup>COLOM, Guillem: *Entre Ares y Atenea: el Debate Sobre la Revolución en los Asuntos Militares*. Madrid: Instituto Universitario General Gutiérrez Mellado – UNED

<sup>2</sup>Un excelente análisis sobre los preparativos de la intervención estadounidense en Afganistán puede hallarse en: WOODWARD, Bob: *Bush at War*. Nueva York: Simon & Schuster, 2002, pp. 27-39

<sup>3</sup>KAGAN, Robert: *Finding the Target: the Transformation of American Military Policy*. Nueva York: Encounter Books, 2006, pp. 280-95

<sup>4</sup>KATZMAN, Kenneth: *Afghanistan: Post-Taliban Governance, Security and U.S. Policy*. CRS 30588. Washington DC: Congressional Research Service, 2010

<sup>5</sup>Department of Defense: *Report on Progress Toward Security and Stability in Afghanistan*. Washington DC: U.S. Government Printing Office, 2010

<sup>6</sup>JONES, Seth G.: "The Rise of Afghanistan's Insurgency: State Failure and Jihad", en *International Security*. Cambridge. V. 32 Nº 4, 2008, pp. 7-40

<sup>7</sup>BEHURIA, Ashok K.: "Fighting the Taliban: Pakistan at War with Itself", en *Journal of International Affairs*. Londres. V. 61 Nº 4, pp. 529-543

<sup>8</sup>CORDESMAN, Anthony D.: *The Afghan War: Metrics, Narratives and Winning the War*. Washington DC: Center for Strategic and International Studies, 2010

<sup>9</sup>FOJÓN, Enrique: "Relevo en Afganistán. Obama endosa la estrategia de Petraeus", en *Análisis del Real Instituto Elcano*. Madrid. Nº 99, 2009, 6pp.

<sup>10</sup>COMISAFs *Initial Assessment* (30 agosto 2009) ([www.media.washingtonpost.com/wpsrv/politics/documents/Assessment\\_Redacted\\_092109.pdf](http://www.media.washingtonpost.com/wpsrv/politics/documents/Assessment_Redacted_092109.pdf))